

Por el Padre Shenan J. Boquet – Presidente de Vida Humana Internacional.

“La familia tiene un papel especial que desempeñar a lo largo de la vida de sus miembros, desde el nacimiento hasta la muerte. Es verdaderamente “el santuario de la vida”: el lugar en el que la vida, el don de Dios, puede ser acogida y protegida adecuadamente contra los múltiples ataques a los que está expuesta, y puede desarrollarse de acuerdo con lo que constituye el auténtico crecimiento humano: el papel de la familia en la construcción de una cultura de vida es decisivo e insustituible”.

□ Papa San Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, Nro. 92

"¿El matrimonio se está volviendo irrelevante?" Ese es el titular discordante del sitio web de Gallup, que informa los resultados de una nueva encuesta. La respuesta a la pregunta, desafortunadamente, parece ser un rotundo "sí". El matrimonio se está volviendo irrelevante para un gran número de personas.



Los resultados de la encuesta muestran un cambio angustiosamente rápido en las actitudes públicas hacia la importancia del matrimonio en relación con el acto marital y la transmisión de la vida humana. Según Gallup, solo el 29% de las personas creen ahora que es "muy importante" que una pareja se case antes de tener hijos. Eso es una caída del 49% en 2006.

Mientras tanto, el 72% de los encuestados dijeron que es moralmente aceptable participar en un acto sexual fuera del matrimonio. Eso es un aumento del 53% en 2001. Esta encuesta cuenta una triste historia sobre cómo la gente en general ve la sexualidad humana, el matrimonio, la procreación, los niños y la familia. Sin embargo, un hallazgo especialmente desalentador es lo dramático que ha sido el cambio de opinión entre las personas que asisten a la iglesia. En 2006, el 65% de los encuestados que asistían a la iglesia semanalmente dijeron que era "muy importante" que las parejas que engendraran hijos se casen. En 2020, sin embargo, esa cifra bajó al 45%, ¡una caída de 20 puntos porcentuales! Entre los que van a la iglesia mensualmente, el número ha bajado del 58% al 32%, ¡una diferencia de 26 puntos porcentuales!

La buena noticia es que las personas que asisten a la iglesia son más propensas que las personas que nunca asisten a la iglesia a pensar que el matrimonio es importante (solo el 19% de las personas que no asisten a la iglesia dijeron que estar casados es "muy importante", en comparación con el 32% en 2006); la mala noticia es que las opiniones de las personas que asisten a la iglesia han cambiado mucho más rápidamente para peor que las de las personas que no asisten a la iglesia.

La encuesta de Gallup también encontró que solo el 38% de las personas creen que es "muy importante" para las parejas que quieren pasar el resto de sus vidas juntas casarse. Como era de esperar, tal vez, el número de encuestados que dicen estar casados actualmente ha disminuido significativamente en las últimas décadas. Mientras que a principios de la década de los 80, el 64% de las personas dijeron que estaban casadas actualmente, ese número ha caído desde entonces a solo el 49%.

Los efectos negativos de la ruptura familiar

Desafortunadamente, ninguno de estos hallazgos es una gran sorpresa. Desde la introducción de la anticoncepción a pedido y el divorcio sin culpa, hemos sido testigos del colapso constante del matrimonio y la vida familiar. Esto se ha visto reforzado por la proliferación de una actitud hedonista hacia la sexualidad humana que pone mayor énfasis en el placer personal, el romance y la gratificación. Esta actitud, en conjunción con la mentalidad y el comportamiento que promueve, falsea la sexualidad humana y divorcia el acto marital (acto destinado a ser exclusivo de los cónyuges) de sus fines dobles e inseparables, unitivo y procreador. Este tipo de acto es muy diferente y contrario al que Dios ha hecho para ser único y complementario entre los esposos. La falsificación de los bienes inherentes al matrimonio y el acto conyugal tiene consecuencias nefastas, que impactan la visión de uno mismo, los demás, el matrimonio y la familia.

Como escribió el Papa San Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*:

Así se distorsiona y falsea el significado original de la sexualidad humana, y los dos sentidos, unitivo y procreador, inherentes a la naturaleza misma del acto conyugal, se separan artificialmente: de esta manera se traiciona la unión matrimonial y se somete su fecundidad al capricho de la pareja. La procreación se convierte entonces en el "enemigo" que hay que evitar en la actividad sexual: si es bien recibida, es sólo porque expresa el deseo, o incluso la intención, de tener un hijo "a toda costa", y no porque signifique la completa aceptación del otro y, por tanto, apertura a la riqueza de la vida que representa el niño. (Nro.23)

Lo que parece que no nos hemos dado cuenta todavía, o al menos no a gran escala, es cuán devastador ha sido el colapso del matrimonio y la vida familiar para la salud de nuestra sociedad. Me sorprende, por ejemplo, lo mucho que se habla sobre la pobreza, la violencia, la mala educación y la falta de vivienda, pero lo poco que se dice de las razones sistémicas detrás de estas cosas y dónde se puede encontrar el remedio.

Estudio tras estudio ha descubierto que los niños que no crecen con sus padres en el hogar sufren todo tipo de consecuencias negativas. Como señaló *The National Review* en respuesta a un artículo del *New York Times* que minimiza el impacto de padres solteros en las tasas de pobreza, los datos son inequívocos: la paternidad soltera está fuertemente asociada con la pobreza severa.

"Las ciencias sociales nos dicen que los niños criados por padres solteros tienen muchas más probabilidades de tener hijos cuando son jóvenes, de abandonar la escuela secundaria y de trabajar menos cuando son adultos jóvenes", escribió W. Bradford Wilcox. "No es sorprendente que los hijos de familias monoparentales tengan más probabilidades de terminar siendo pobres cuando sean adultos jóvenes".

Un estudio irlandés encontró que el impacto del divorcio en los niños puede ser incluso peor que si uno de los padres hubiera muerto. Según ese estudio, los hijos de padres divorciados tienen "más probabilidades de desarrollar depresión, les va peor en la escuela y tienen pocas habilidades sociales en comparación con otros niños", informó *LifeSiteNews*.

Una de las investigadoras detrás de ese estudio irlandés dijo que esperaba que su investigación contrarrestara la narrativa común que describe el divorcio como algo intrascendente. “Nadie debería engañarse a sí mismo pensando que el divorcio es fácil”, dijo. “Mantener unido un mal matrimonio es difícil, pero proteger a los niños después de un divorcio puede ser aún más difícil. Las parejas deben darse cuenta de esto”.

Una amenaza para el bien común

El simple hecho es que la redefinición y la ruptura del matrimonio, exacerbados por la falsificación de la sexualidad humana y la aceptación del divorcio y la cohabitación, plantean amenazas genuinas y graves para el bien común, el bienestar de la sociedad. El matrimonio entre un hombre y una mujer, algo que puede entenderse simplemente a partir de la ley natural, ha sido durante milenios la piedra angular de la sociedad civil.

Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

“La familia es la célula originaria de la vida social. Es la sociedad natural en la que marido y mujer están llamados a entregarse en el amor y en el don de la vida. La autoridad, la estabilidad y una vida de relaciones dentro de la familia constituyen los cimientos de la libertad, la seguridad y la fraternidad dentro de la sociedad. La familia es la comunidad en la que, desde la niñez, se pueden aprender valores morales, comenzar a honrar a Dios y hacer buen uso de la libertad. La vida familiar es una iniciación a la vida en sociedad”.

Los niños, siempre bienvenidos como una bendición bajo cualquier circunstancia, tienen derecho a ser criados por sus padres biológicos y alimentados dentro de la familia, esta escuela de aprendizaje instituida por Dios. Hoy, sin embargo, los niños sufren ampliamente por el rechazo, el abandono, el divorcio y los hogares monoparentales y de múltiples relaciones. Debido a la falsificación de la sexualidad humana y la amplia aceptación de la anticoncepción, los niños ya no son vistos como el fruto del amor conyugal; en cambio, se etiquetan como una carga, una consecuencia no deseada del acto sexual. Además, los niños son tratados como objetos de explotación, engendrados fuera del acto conyugal, en laboratorios, convirtiendo la procreación en una “producción” que deshumaniza a los niños.

Desafortunadamente, los vicios que se alimentan en la privacidad de la vida familiar tienen una

tendencia a perpetuarse a través de generaciones y de ahí a extenderse a la sociedad en general. Una de las consecuencias del divorcio es que, a su vez, los hijos de familias rotas tienen más probabilidades de divorciarse. El divorcio engendra el divorcio, se propaga como un virus y trae consigo todas las diversas consecuencias negativas personales y sociales.

Construyendo una cultura de vida defendiendo el matrimonio

Mi pregunta, entonces, es la siguiente: ¿Cómo podemos construir una sociedad basada en las virtudes, que ame, respete, defienda y sirva a la santidad de la vida y la dignidad del individuo, si la célula original de la vida social (el matrimonio y la familia) sobre la que se construye la sociedad es rechazada, comprometida o recreada a imagen de las construcciones y el lenguaje que utilizamos hoy en día?

Después de todo, un edificio construido sobre arena colapsará.

Desafortunadamente, con la legalización del "matrimonio" entre personas del mismo sexo y el triunfo casi total de la mentalidad anticonceptiva y la revolución sexual, incluso muchos conservadores y activistas provida y profamilia han perdido de vista la importancia de la batalla por el matrimonio, que es ampliamente visto como "una causa perdida".

Bueno, la batalla bien puede estar "perdida"... por ahora. O parece estar perdida. Pero el hecho que debemos enfrentar es que la batalla por una Cultura de la Vida nunca se ganará a menos que cambiemos la dirección en la que va nuestro barco y comencemos a hacer algunos progresos en la batalla por el matrimonio también.

Los datos muestran claramente que la tasa de abortos entre las mujeres solteras y que cohabitan es mucho más alta que entre las mujeres casadas. Esto no es de extrañar. Biológicamente, las mujeres soportan la peor parte de la carga de tener un hijo. Estar en un matrimonio estable proporciona a las mujeres la seguridad que necesitan para sentirse seguras al traer un hijo al mundo. Sin embargo, si el padre del niño se ha ido, o es probable que se vaya en el futuro, es mucho más probable que la madre se sienta tentada a tomar medidas drásticas cuando quede embarazada.

Sin embargo, el problema es aún más básico. Si la mayoría de hombres y mujeres no ven ninguna conexión entre el sexo y el matrimonio, es más probable que tengan relaciones sexuales extramaritales. Cuantas más personas hagan esto, más embarazos no deseados habrá y más abortos. Las vidas de innumerables niños por nacer dependen de que defendamos el matrimonio y rechacemos las mentiras de la revolución sexual.

En la lucha contra la cultura de la muerte, la iglesia necesita volver a lo básico. Los cristianos siempre han enseñado que la fornicación y el adulterio son pecados graves. Sin embargo, como sugieren los resultados de la encuesta de Gallup, las iglesias no están educando a sus congregaciones en las verdades bíblicas sobre la sexualidad humana y el matrimonio. Como proclamó el Papa San Juan Pablo II, “el futuro de la humanidad se basa en la familia” (Familiaris Consortio, Nro. 75). Sin matrimonios y familias fuertes como base, la sociedad seguirá desintegrándose. Sin embargo, si restauramos la centralidad del matrimonio y la familia, tal como los diseñó nuestro Creador, servirán de catalizador para rejuvenecer la vida social. Solo defendiendo el matrimonio y fortaleciendo la familia se puede revitalizar la sociedad.